

altos y espesos, en la misma posición que los demás caprimúlgidos, ó sea con el cuerpo paralelo á la rama donde se posa. Su plumaje color de corteza es su mejor defensa, y su inmovilidad contribuye también á que pase desapercibida.

Azara describe con el nombre de *urutan* un chotacabras, que no será probablemente otro sino el ibijo: dice que se posa comunmente en el extremo de una rama rota, de tal modo que sobresale la cabeza del ave á guisa de prolongación, y que en tal postura, es muy difícil verla, por lo mucho que se armoniza el color de su plumaje con el del cuerpo en que se apoya. Cuando los cazadores del Paraguay la sorprenden posada de este modo, le pasan por el cuello, sin que trate de huir, un lazo sujeto al extremo de una pértiga, y la atraen hácia así.

Al hablar de otra especie, el príncipe de Wied refiere que

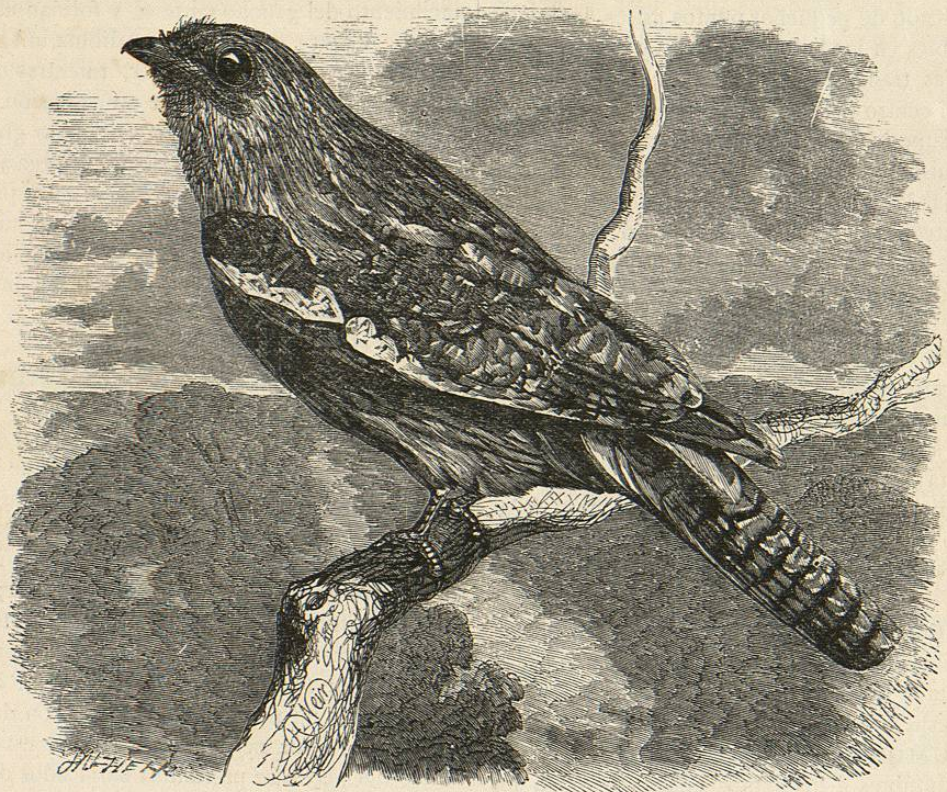


Fig. 80.—EL PODARGO HUMERAL

posado en su sitio favorito, y está por demás decir que pagó su obstinación con la vida, que le fué arrebatada de un tiro mas certero. Resulta de lo dicho que esta ave, que tiene la talla de un cuervo, sería la mas estúpida, lo cual se deduce asimismo del exámen de su cráneo; pues la masa cerebral, segun el príncipe de Wied, no es mayor que una avellana.

Sin embargo, llegada la hora del crepúsculo, cambian del todo los movimientos del ibijo, y entonces es tan vivaz y ágil como las especies precedentes. En ninguna parte he hallado la descripción detallada de sus costumbres; pero no vacilaria en aplicarle lo que dice el príncipe de Wied de una especie muy afine. «Las noches de luna de los países tropicales son muy claras, tanto que el cazador puede ver perfectamente á esta ave desde léjos; entonces se distingue á los ibijos que vuelan á tanta altura como las águilas, persiguiendo á las grandes mariposas nocturnas ó crepusculares. En el Brasil existe un considerable número de grandes lepidópteros, que no podría tragar sino un animal de boca enorme; el ibijo gigante es su mas terrible enemigo y devora una infinidad de estos insectos, tanto que con frecuencia se encuentra

sus gentes mataron un ave á palos; de este modo confirma el relato de Azara, quien dice que el *urutan* sorprendido durante el día no huye al acercarse el hombre. Burmeister da cuenta de un hecho análogo: vió un ibijo posado en un árbol y le disparó varios tiros sin hacerle huir.

Gosse recibió un *urutan* ó un *potu*, con cuyo nombre se conoce también á esta ave en Jamaica, el cual fué derribado del sitio en que estaba posado, por medio de una pedrada, y mas tarde llegó á su poder otro, el cual se mantenía con tanta obstinación en el sitio de descanso por él escogido, que ni siquiera fijaba su atención en los transeúntes que pasaban cerca de él, y solo momentos despues de haberle disparado un tiro, con el que se le hicieron saltar algunas plumas, se retiró graznando al interior del bosque; sin embargo en la noche del siguiente día apareció otra vez tranquilamente

el terreno de los bosques cubierto de sus alas, únicos restos que deja el ave.»

Azara refiere que el ibijo gigante no se posa en tierra durante sus cacerías, y que si le dejan en ella abre mucho las alas, se apoya en ellas y en la cola, y no se sostiene con los piés, ni hace uso de ellos. Durante toda la noche produce por intervalos un grito ruidoso, prolongado y melancólico; y es que el macho y la hembra se llaman y se contestan: cuando llega la mañana vuelve cada cual á su retiro.

Gosse disecó á un ibijo y encontró en su estómago los restos de varios escarabajos y de otros insectos de mayor tamaño; sin embargo no debe por eso creerse que el ave se alimente tan solo de estos animales. Euler supo por un observador digno de todo crédito que los ibijos cazan también de día, haciéndolo de un modo muy singular: el observador citado encontró á uno de ellos en un pasto; hallábase posado sobre el tronco de un árbol y parecia estar completamente inmóvil. Observándole mas de cerca, se aperció que abría de vez en cuando la boca y se atraía de este modo á las moscas, las cuales se colocaban en gran número sobre la mucosa bañada de espesa saliva. Cuando el número de estas

le parecia bastante, cerraba inmediatamente la boca y tragaba la presa que habia cogido: repitió esta operación muchas veces, permaneciendo siempre con los ojos cerrados, y no abandonó el puesto hasta que el observador se le hubo acercado lo bastante para poder tocarle con la mano. Durante toda la noche, esta ave produce por intervalos un grito prolongado y melancólico, con el que el macho y la hembra se llaman mutuamente. La voz del ibijo se podría expresar, segun Gosse, con las articulaciones *hohu*, las cuales suenan á veces de un modo fuerte y ronco y parecen otras salidas del fondo del pecho.

Aunque el citado observador lo ponga en duda, los indígenas están quizás en lo cierto cuando dicen que esta ave emite también otros sonidos mas penetrantes, como una especie de maullidos lastimeros, que, gracias á la supersticiosa

interpretación que de ellos se hace, ponen en constante peligro su vida. Una de estas aves, que recibió Gosse, fué muerta únicamente á causa de su modo de gritar lastimero: la dueña de la casa, cerca de la cual estaba revoloteando, no pudo soportar aquel grito quejumbroso y rogó á su marido que matara de un tiro al ave de mal agüero, como así lo hizo. El ibijo, indudablemente á causa de su enorme boca, pasa por uno de los seres mas feos á los ojos de los negros: la mayor ofensa que uno de ellos puede inferir á otro, consiste en estas palabras: «Eres mas feo que un *potu*.»

Azara dice además que el ibijo anida en troncos de árboles huecos, y Burmeister asegura que en las ramas un poco socavadas, donde deposita uno ó dos huevos. Este último naturalista, que pudo adquirir uno, manifiesta que son de forma prolongada, y apenas mas obtuso un extremo que otro, sin



Fig. 81.—EL BATRACOSTOMO CORNUDO

brillo alguno, de color blanco, y cubiertos de puntos grises pardos, pardo amarillos y pardo negros, muy compactos sobre todo en una de las dos puntas.

CAUTIVIDAD.—Azara y Gosse nos han dado algunos detalles incompletos acerca de la vida de esta especie en cautividad.

A fines de diciembre recibió un individuo, cogido mucho tiempo antes, y lo conservó hasta el mes de marzo, alimentándole con bolitas de carne cruda y picada. Al comenzar los frios se entristeció, y como estuviera una semana entera sin comer, decidióse Azara á matarle. Aquel ibijo estaba todo el día inmóvil sobre el respaldo de su silla, con los ojos cerrados; en la hora del crepúsculo, por la tarde y la mañana, volaba por el cuarto, y no gritaba sino cuando le cogían. Su voz, fuerte y desagradable, podía expresarse por las articulaciones *kwa, kwa*: si alguien se acercaba á él, abría los ojos y el pico cuanto le era posible.

Gosse crió por muchos días á un ibijo, que habia sido hallado en un pantano poblado de árboles y matorrales. El ave se quedaba posada en el mismo sitio donde se la ponía, ya

encima de un dedo, ya encima de un palo; nunca se colocaba en dirección paralela al punto de apoyo, como lo hacen los chotacabras, sino transversalmente, y con el cuerpo tan levantado, que la cabeza y la cola formaban una línea casi vertical. En esta postura permanecía, con el plumaje algo erizado, la cabeza encogida y los ojos cerrados: si le tocaban, estiraba el cuello para recobrar el equilibrio y abría sus grandes ojos amarillentos y brillantes, con lo que presentaba un aspecto sumamente extraño. De día se comportaba por punto general del mismo modo que si estuviera ciego, pues aunque permaneciese con los ojos abiertos, no le causaban la menor impresión los objetos que se le ponían delante; sin embargo, Gosse observó una ó dos veces que despues de abierto el ojo se le dilataba la pupila de un modo extraordinario, y que, por el contrario, se contraía instantáneamente hasta quedar reducida á la cuarta parte de su anterior tamaño cuando se movía con rapidez la mano ante sus ojos. El mismo observador citado pudo apreciar la extraordinaria movilidad de que estaban estos dotados, tanto por lo que mira á la dilatabilidad, como por lo que respecta á la rapidez del movimiento: si se le po-

nia una vela encendida á la distancia de un metro poco mas ó menos, ensanchábase su pupila como unos dos centímetros de modo que ocupaba todo el círculo visible del ojo, y el iris venia á reducirse á un anillo apenas perceptible. Si, por el contrario, se le aproximaba mucho la luz, su pupila se contraía con la misma rapidez con que se le acercaba la luz, hasta quedar reducida á unos cinco milímetros de diámetro.

«A la entrada de la noche, dice Gosse, esperaba que mi ibijo despertaria; pero quedaron frustradas mis esperanzas, pues el ave no hizo el menor movimiento ni dió señal alguna de vida. En vano la estuve observando de continuo hasta altas horas de la noche, y en el decurso de esta penetré varias veces en la sala donde la tenia guardada, para hacer mis observaciones: á las tres de la madrugada la encontré en el mismo sitio y postura en que la habia dejado á las diez de la noche, y como al despuntar del día no habia cambiado de actitud, creí, no sin fundamento, que no se habia movido durante el curso de aquella, como tampoco lo hizo en todo el día siguiente. Hícele introducir el pico en el agua y dejé caer algunas gotas dentro de su boca, pero rehusó beber. Cogí luego algunos escarabajos y otros insectos para dárselos; pero fué en vano, no los veía; decidíme, por fin, á abrirle el pico é ingurgitarle estos últimos, y los arrojé al momento, sacudiendo con ademán enojado la cabeza. Sin embargo, al anoecer del mismo día comenzó de repente á animarse; levantó algunas veces el vuelo; iba revoloteando de una parte á otra, ó bien se volvía á su puesto de descanso. Alrededor de los pájaros disecados que yo guardaba en la sala, revoloteaban varios insectos, y me figuré que cogería alguno de ellos, pues echaba de vez en cuando una rápida ojeada sobre determinados objetos y miraba en torno suyo como si quisiera lanzarse en su persecucion. No es verdad lo que dice Cuvier tocante á la absoluta imposibilidad en que se encuentra el ibijo de levantarse del suelo, pues el mio, á pesar de lo corto de sus tarsos, levantábase de él sin dificultad alguna. Cuando comia, tenia las alas por lo comun algo desplegadas, y le llegaban casi al extremo de la cola cuando permanecía posado sobre una rama. Por lo que he podido observar en esta ave viviendo en estado libre y en la que yo tuve en cautividad, debo manifestar que á pesar de ser sus rémiges muy robustas, vuela poco; caza desde un sitio elevado y vuelve á su puesto luego despues de haber cogido algun insecto nocturno. Como mi ibijo se negaba á tomar alimento, resolví matarle y enriquecer mi coleccion de aves disecadas con otra nueva: apretéle al efecto fuertemente la tráquea, y como no pudiera cortarle la respiracion, vime obligado á acabar con él descargándole, muy á pesar mio, unos cuantos golpes sobre la cabeza. A cada uno de estos profería el ave un corto y ronco grito, y esta fué la primera vez que la oía, pues hasta entonces habia permanecido completamente muda. Siempre habia soportado las importunidades ó molestias con la mayor impasibilidad, y solo despues de haberla excitado, enseñándole repetidas veces un objeto, abria su enorme boca como para asustarme, sin que nunca hubiera mostrado realmente intencion de cogerlo.

LOS ESTEATORNITIDOS—STEATORNITHINÆ

CARACTÉRES.—Así por su aspecto, como por sus costumbres, estas aves tienen los principales caracteres específicos de los caprimúlgidos de mayor talla; pero como quiera que se distinguen por algunos que les son peculiares, se forma con ellos una subfamilia particular, representada por el género siguiente:

EL GUÁCHARO DE CARIPE—STEATORNIS CARIPENSIS

CARACTÉRES.—Esta ave (*caprimulgus caripensis*), llamada por los venezolanos simplemente *guácharo*, mide 0^m,55 de largo por 1^m,10 de ala á ala: su cuerpo es muy esbelto; la cabeza ancha; el pico mas bien largo que ancho y libre, arqueado á lo largo de la arista, de punta encorvada en gancho y provisto de un diente; la mandíbula inferior convexa en la raíz, truncada oblicuamente y de punta comprimida; las fosas nasales, que se abren en el centro de este órgano, son grandes y ovaladas; las patas muy vigorosas; el tarso, corto, desnudo y sin escudetes ó escamillas, mide solo la mitad de la largura del dedo medio y la misma de los externos; las alas son muy largas y puntiagudas, siendo las rémiges cuarta y quinta las mas prolongadas, la tercera y sexta muchísimo mas cortas, y la primera, que es de una largura regular, igual á la séptima; la cola se presenta mucho mas corta que el ala, muy redondeada y compuesta de plumas rígidas y anchas en el extremo; el resto del plumaje es duro é inflexible, transformándose en sedas en la region que se extiende desde la base del pico hasta los ojos, en términos que la cara se presenta circundada como de un velo, del mismo modo que lo vemos en los buhos; estas sedas guarnecen tambien el párpado y protegen los ojos, que son grandes y hemisféricos. El plumaje es de un magnífico color pardo castaño; el dibujo se compone de puntitos descoloridos apenas visibles en el lomo; de rayas trasversales, estrechas, mas oscuras y poco pronunciadas en la espalda y en las rémiges del brazo, y de pequeñas manchas de color blanco amarillento, en forma de corazón, en la parte superior de la cabeza, en el vientre, en las alas y en las tectrices supra-caudales; estas manchas se tornan mas grandes, semejando gruesas gotas en las plumas medias de la cobija y en el borde externo de las dos primeras rémiges secundarias. Las barbas internas de las rémiges, de un pardo oscuro, muestran de tres á cuatro manchas de un color blanco de orin; las rectrices, de un pardo negro, presentan ocho fajas trasversales, muy delgadas y del mismo color en la cara superior, con otras tantas muy anchas y de igual tinte en la inferior, y además seis manchas de formas regulares en el borde; las fajas trasversas se reducen á cuatro en las barbas exteriores de la rectriz mas externas. El ojo es pardo oscuro; el pico pardo rojizo; las patas de un pardusco amarillento. El macho no difiere de la hembra.

El esófago de los guácharos carece de buche; el estómago es muy carnoso y dotado de gran fuerza muscular; el intestino mide doble extension que el cuerpo; debajo de la piel existe una espesa capa grasosa, la cual rodea por igual las vísceras, que parecen estar como encajadas en la grasa.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—El guácharo habita las cavernas y los barrancos de la América central: en 1796 le descubrió Alejandro de Humboldt en las grutas de Caripe; otros viajeros le encontraron despues en diversos puntos de la provincia de Bogotá y en varias de las lóbregas cavernas tan numerosas en los Andes.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Tenemos detalles bastante exactos acerca del género de vida de esta ave singular; pero aun quedan muchos puntos oscuros en su historia. Lo cierto es que no se conoce ningun ave que viva como el guácharo, y de ello puede convencerse cualquiera leyendo los relatos que nos han dejado Humboldt, Junk, Gross y Goring.

«En un país, dice Humboldt, donde existe tan marcada tendencia á lo maravilloso, una caverna, de la cual brota un torrente y donde viven millares de aves nocturnas, con cuya grasa se guisa entre los misioneros, debe ser naturalmente el

tema forzado de muchas conversaciones y debe asimismo dar pié á mil entretenidos relatos y controversias. Apenas un extranjero pone el pié en Cumaná, oye ya desde luego hablar hasta la saciedad de la piedra de ojos de Araya, del labriego de Arenas que amamantó á su hijo, y de la cueva de los guácharos, la cual dicen tiene varias millas de largo. El entusiasmo por los grandes espectáculos y maravillas de la naturaleza ha de ser naturalmente muy grande en una sociedad, donde la vida es en extremo monótona y en cuyo seno no ocurren hechos capaces de satisfacer el sentimiento de curiosidad innato al hombre.

«La cueva á la cual dan los indígenas la denominacion de *cueva de manteca*, se encuentra, no en el mismo valle de Caripe, sino á tres millas del monasterio, hácia el sudoeste, y desemboca en un valle lateral que recorre á lo largo de la sierra de Guácharo. A los 18 de setiembre partimos en direccion á la mencionada sierra, acompañados de los alcaldes indios y de un gran número de monjes: recorrimos primero una estrecha senda que conduce hácia el sur, serpenteando en una extension de hora y media por entre risueñas praderas, y luego nos dirigimos hácia el oeste, siguiendo el curso de un pequeño rio que sale de la citada cueva. Por espacio de tres cuartos de hora continuamos avanzando, ora por un terreno pantanoso y resbaladizo, limitado por la corriente del rio y una pared peñascosa. Numerosos montones de tierra desprendida y troncos de árboles, que se hallan por todas partes esparcidos, dificultando el paso á los mulos, hacen en extremo penoso el recorrer este trayecto.

«Cuando el viajero llega al pié de la elevada montaña de Guácharo, á una distancia de cuatrocientos pasos de la cueva, no se descubre aun la entrada de esta. El pequeño rio corre á lo largo de un angosto cauce abierto por las mismas aguas y pasa luego por debajo de un peñasco saliente, de manera que el cielo desaparece completamente de la vista; el camino corre paralelo á la corriente, y solo despues de haber doblado el último recodo del mismo, se ve la vasta boca de la gruta. La vista de esta tiene algo de grandioso é imponente aun para aquellos que están familiarizados con los pintorescos paisajes de los Alpes, pues la exuberante vegetacion de los trópicos imprime á la abertura de la cueva un aspecto del todo original. La gruta del Guácharo se abre en un peñasco vertical; su entrada mira al sur y mide 25 metros de ancho por 22 de alto. Encima de ella y sobre la roca crecen árboles de proporciones gigantescas: el mamea y la genipa con sus hojas anchas y brillantes, levantan al cielo sus atrevidas copas, mientras el curbaril y la eritrina expanden sus ramas y forman una espesa bóveda. El poto, con sus suculentos tallos, el oxálide y unas orquídeas de forma extraña arraigan y se desarrollan en las hendiduras mas áridas del peñasco, al paso que varias enredaderas, constantemente mecidas por el viento, se entrelazan delante de la entrada de la cueva, formando el todo un notable contraste con las grutas de las regiones septentrionales, sombreadas por los abetos y encinas.

«Esta lujosa vegetacion no adorna tan solo la parte exterior de la cueva, sino que penetra hasta en el vestíbulo de la misma: magníficas heliconias de seis metros de altura, las hojas de pisang, las palmas de Praga y los aros arborescentes cubren las márgenes del arroyo hasta debajo de la tierra, de modo que, así en la gruta de Caripe, como en aquellas profundas grietas de las rocas de los Andes, en cuyo interior no brilla mas que una débil luz crepuscular, la vegetacion se desarrolla aun á 30 ó á 40 pasos de profundidad. En la gruta de Caripe penetra la luz solar hasta unos ciento cincuenta metros de profundidad, segun lo acredita el hecho de no ha-

ber sido necesario encender antorchas hasta despues de recorrido este espacio: la forma de la cueva, que constituye un corredor el cual se prolonga en la misma direccion de sudeste á noroeste, explica perfectamente el por qué se introduce aquella tanto. Donde comienza á desaparecer la luz, óyense los roncós gritos de las aves nocturnas, cuya morada, segun los indígenas, se encuentra tan solo en aquellos antros.

«Es difícil formarse idea del espantoso ruido que producen miles y miles de estas aves en el interior de la sombría caverna: podria tan solo compararse con el que producen nuestras cornejas, que habitan en sociedad los grandes pinares de las regiones septentrionales y anidan en árboles, cuyas copas se entrelazan unas con otras. Los gritos penetrantes y estridentes de los guácharos resuenan dentro de la vasta bóveda, y el eco los reproduce desde la profundidad. Los indios nos enseñaron los nidos de las aves, valiéndose al efecto de antorchas sujetas al extremo de largas pértigas: hallábanse estos colocados á una altura de 20 á 23 metros en unos agujeros infundibuliformes, de que está llena la bóveda. Cuanto mas se penetra hácia el interior de la cueva, tanto mayor es el número de las aves, que huyen espantadas por la luz de las antorchas de resina copal, y tanto mas acrece el ruido, de modo que apenas habian trascurrido unos breves instantes de silencio, resonaban ya á lo lejos los gritos lastimeros de los guácharos que tenian sus nidos en otras dependencias ó ramificaciones de aquella.

«El guácharo no abandona la cueva hasta que ha cerrado la noche, especialmente cuando se halla esta iluminada por la luna: se alimenta de semillas muy duras, y segun los indios, no come ni los escarabajos ni las mariposas nocturnas, lo cual debe de ser así necesariamente, dado que el pico de esta ave está conformado de diferente modo que el de los chotacabras y supone por lo mismo un régimen alimenticio totalmente distinto.

«La cueva de Caripe conserva en una extension de cuatrocientos sesenta y dos metros la misma direccion, la misma elevacion y anchura que en la entrada. A duras penas pudimos recabar de los indios que pasaran mas allá del primer departamento, que es el que visitan todos los años para la recoleccion de la manteca; y fué menester todo el ascendiente que sobre ellos ejercen los misioneros, para conseguir que llegaran hasta el punto en que el suelo se eleva rápidamente bajo un ángulo de 60° y el riachuelo cae formando una especie de cascada. Cuanto mas se penetraba en el interior de la caverna, tanto mas estridentes eran los gritos de los guácharos; pero al fin tuvimos que paramos y retroceder luego, á causa del miedo de nuestros guías, que se negaron resueltamente á dar un paso mas hácia adelante, haciendo aquí lo propio que casi en todas partes.»

«Los indígenas atribuyen ideas místicas á dichos antros, habitados siempre por sombras nocturnas; creen que las almas de sus antecesores residen en el fondo de la caverna; y dicen que el hombre debe temerle todo de los lugares que no están iluminados por el sol ni por la luna. Ir á los parajes donde se hallan los guácharos, es para los indígenas reunirse con sus padres; es la muerte; y por eso los mágicos y los envenenadores hacen sus conjuros nocturnos á la entrada de la caverna á fin de ahuyentar á *Ivorogñiano*, jefe de los malos espíritus.

Así es como se reunen en todos los países las primeras ficciones de los pueblos, sobre todo aquellas que se refieren á los principios que gobiernan el mundo, á la residencia de las almas despues de la muerte, á la felicidad de los justos y al castigo de los culpables... Las tinieblas se ensalzan por todas partes con la idea del no ser: la gruta de Caripe es el Tártaro de los griegos; los guácharos que se